

## GOCE Y CASTRACION

NORBERTO G. RABINOVICH

(\*) Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis: Buenos Aires; 1995.

En el año 1920 irrumpió en el escenario teórico freudiano una conmovedora novedad: la Pulsión de Muerte. Novedad, solamente desde el punto de vista de su explicitación conceptual, puesto que -como Freud mismo lo confesó- durante los años anteriores no le faltaron evidencias de su incidencia clínica. Por lo demás, y tal como lo demostró Lacan, el fundamento lógico de la mortífera pulsión ya había sido ampliamente articulado en su doctrina, aunque Freud se comportó "como si no hubiera querido saber nada de eso".

Algunos años más tarde escribió que le resultaba incomprendible haber prescindido durante tanto tiempo de la Pulsión de Muerte en la explicación de los fenómenos del inconciente, ya que por esa época se había convertido en una de las piedras fundamentales del edificio analítico.

A su vez, también se transformó en la piedra mayor del escándalo dentro mismo de la comunidad de sus discípulos. Muchos de ellos manifestaron abiertamente su desición de no seguir al maestro por ese camino y muchos otros desconocieron su alcance.

Inversamente a la mayoría de los autores psicoanalíticos, que magnificaron el imperio de la sexualidad, Lacan centró en relación a la Pulsión de Muerte toda la problemática del goce. Esto quiere decir que para él, no hay sino un goce. Como lo dijo en El saber del psicoanalista, "no hay más goce que el de morir". La *Wiederholungszwang*, la compulsión repetitiva, pasó a ser en su enseñanza, tributaria exclusiva de la Pulsión de Muerte. Perspectiva diferente a la sustentada por Freud, quien aún después del 20, siguió creyendo que en el campo del Principio del Placer, las pulsiones sexuales conservaban su propio referente de goce, su propia matriz repetitiva que expresaba el impulso de volver a encontrar "la primera experiencia de satisfacción". El sentido freudiano de esta referencia es el del retorno a un punto absoluto de placer, paradigma de la unión completa, realización de la fusión sin falla, momento genético anterior a la pérdida del objeto: núcleo en torno al cual gira todo lo incluido bajo la égida de Eros, tendencia general a la reunión. Con el "Más allá del Principio del Placer", diferenció Freud la insistencia de una tendencia que aspiraba hallar su satisfacción en la reedición de una experiencia que en su origen había resultado traumática: Thánatos, o la búsqueda del placer en la destrucción de la unión, en la repetición del corte traumático. A este placer en la reedición de una separación, a esta satisfacción en la reproducción de una pérdida, a este Lust en el displacer de una ausencia, es a lo que Lacan bautizó con el nombre de goce. De esta forma el goce quedó estructuralmente identificado con la repetición de la castración. El campo del Otro, donde impera el Principio del Placer, resulta así un lugar vaciado de goce. El goce sólo es localizable en el más allá, punto de fracaso de la aspiración unificante de la relación sexual.

Revisemos algunos planteos freudianos.: la pulsión sexual, dije, tiene como meta recuperar las coordenadas de una satisfacción anterior. Es preciso suponer una primera, que inicia el ciclo de la repetición. Ahí aparece entonces el modelo mítico genético de la primera mamada. De este primer placer, plantea Freud, nacen dos referentes fundamentales de la economía libidinal. La huella mnémica de la experiencia del placer obtenido y el objeto como profundamente perdido. El razonamiento que subyace a esta operación, es simple: en la superficie de la memoria, en el lugar donde se tejen las representaciones y construye la subjetividad, quedará fijada la inscripción del placer. Pero como la huella, es por definición la ausencia de la cosa, das Ding nunca podrá ser recuperada en la red de los símbolos. Sin embargo, la tendencia buscando el objeto imposible podrá alcanzar un grupo primitivo de inscripciones psíquicas del placer, dando lugar a la satisfacción alucinatoria de deseos.

Una primera delimitación de la topología subjetiva se demarca: un adentro del sujeto -lo que fue inscripto (conteniendo su núcleo)- y un primer afuera: el objeto profundamente perdido. En este razonamiento, el objeto de goce queda identificado con el pecho y de allí con la madre. Por esta razón Freud definió como incestuosa a la matriz de la repetición del placer sexual. Nunca abandonó esta hipótesis, y mantuvo inalterable el esquema edípico por medio del cual hacía recaer en la prohibición del incesto el origen de la represión del goce.

Lacan invierte este esquema. En principio, traslada la problemática del primer encuentro, al campo de la relación del organismo viviente con el lenguaje. Los significantes del deseo materno capturan el cuerpo del hijo en el campo de la significación; primera operación significante, cuyo agente es la madre. De esta operación, algo resta: el objeto a, real irreductible a la estructura simbólica. Aunque esto parezca reiterar en otros términos la lógica freudiana, no es así. Esta perspectiva pone de manifiesto dos cuestiones: 1) que en el punto de partida, allí donde Freud funda el goce sexual en la beatífica mamada, Lacan habla del fracaso del encuentro como constitutivo del goce, y 2) por traducir el sistema de las huellas mnémicas en términos de significantes, distribuye al revés la posición inicial del sujeto en relación al Otro. Las primeras inscripciones definen topológicamente el lugar del Otro, es decir, el lugar de la lengua; y lo que cae afuera, especifica el primer lugar del sujeto. Sujeto forcluído en lo real, dirá Lacan, identificándolo con el objeto a, perdido para el Otro. Al conjunto de esta primera operación significante, Lacan la denomina castración primaria, y resulta de ella el engendramiento del objeto como vacío real del goce, que mantendrá una función separadora.

Tal vez una de las más valiosas enseñanzas de Lacan, haya sido localizar toda manifestación de la función sujeto como realización del corte con el Otro. De ahí la importancia de leer en la repetición del goce "trou-matique" la emergencia del sujeto. Si lo que se repite del goce es el instante de la caída en lo real, es porque representa la emergencia del sujeto. El vacío del goce constituye una reserva operatoria, una guarida imposible de ser capturada por la devoración materna. En este modelo teórico, no figura como real de la estructura, huella alguna de la supuesta unidad primitiva. La falla, la hiancia, el agujero, está al inicio. La hipótesis freudiana del primitivo goce sexual incestuoso, pierde su basamento real.

Lacan, por lo tanto, redefine el estatuto de las pulsiones sexuales. Si el intento de recuperar el objeto faltante es el de reproducir el goce de la ausencia, las pulsiones llamadas parciales, no son sexuales en un sentido estricto, sino pulsión de muerte. En Posición del Inconciente escribió: " A dar vuelta en torno a estos objetos ( seno, heces, etc.) para recuperar en ellos, para restaurar allí su pérdida original, es a lo que se dedica esa actividad que llamamos pulsión". Y continúa así en su Escrito: "Por esto es por lo que toda pulsión es virtualmente pulsión de muerte." Por lo tanto el campo del deseo sexual queda especificado por un impasse relativo al goce. El goce de la castración, es como el ojo de la tormenta donde se agitan los vientos de la sexualidad.

Para el psicoanalista, el termino goce, por más que remita al tenebroso nombre de Pulsión de Muerte, no debería ser algo condenable, como tan a menudo lo es. El aforismo lacaniano "no ceder en el deseo", no significa una invitación a desear y desear para mantenerse alejado del goce, como se lo malinterpreta a menudo. Esa es exactamente la función del Principio del Placer. Por el contrario, el principio ético implica: no detenerse ante "la realización del deseo", que es del orden del acto donde se articula la repetición del goce . Se darán cuenta que se trata de un asunto delicado. Siempre estamos ante el riesgo de transformar el analisis en una acción moral. Lacan desarrolló a lo largo de un año, el fundamento de la ética del psicoanálisis, precisamente en ese "más allá'.

Hasta ahora, he puesto el acento en la función del objeto a como referente primero del goce, pues él constituye "el núcleo elaborable de todo goce". Estoy en la puerta de entrada de una problemática mas difícil de articular: la de los distintos campos del goce que Lacan diferencia en función de los puntos de intersección de los tres registros, una vez que la estructura subjetiva ha quedado definitivamente anudada. Sirviéndose del nudo borromeo de tres cuerdas, define en "La tercera" el campo del goce fálico, del goce sentido y del goce del Otro, todos ellos conectados con el agujero central donde sitúa el plus de goce. No me detendré en esta complicada articulación, sino en algo que habría que denominar, el soporte estructural de dicho anudamiento. Hago mención de la función del Sinthome, tal como Lacan lo llamó unos años después, cuando introdujo el nudo borromeo de cuatro elementos para abordar la estructura del sujeto. De esta elaboración teórica, solo voy a tomarme de una punta de la cuerda, aquella donde Lacan adscribe la función del Sinthome a la ya conocida función paterna, porque con el nudo de cuatro él no descubrió algo nuevo de esta función, sino que elaboró una nueva manera de formularla teóricamente.

Partiendo de la comprensión que el goce es el soporte real de la repetición de la castración, llegamos a la pregunta: ¿Qué función cumple el padre, o lo que denominamos padre en la teoría analítica, ese significante privilegiado, el Nombre del Padre? Nos preocupamos por localizar el resorte estructural de su función, el soporte último donde se asienta su eficacia. ¿Cuál? Precisamente la de ser el responsable del corte de la castración. Pero de esta forma ¿ no se atribuye al Padre la misma función que reconocimos sostenida por el objeto a? Algunos autores en el intento de resolver esta cuestión arribaron a la siguiente respuesta: si la relación sexual no existe por efecto de la estructura del lenguaje, el padre tampoco existe, es decir que no habría ningún real que sostenga su función de agente de la castración. El Padre Real sería una construcción fantasmática del sujeto. En

definitiva, dirán estos autores, no hay otro real del padre que el "a". Pueden leer esta posición, desarrollada en un seminario dictado en Bs. As. por J. A. Miller sobre Los Nombres del Padre.

Pero nosotros nos empeñamos en querer saber porqué Lacan insistió en ubicar al Padre Real, al que designó como agente de la castración, como un real de la estructura, como una "ex-sistencia" e incluso como soporte de la ex-sistencia real del sujeto del significante.

Vuelvo un poco atrás. Había intentado establecer en el campo del goce, la primera localización del sujeto en la estructura, identificado al objeto "a", fuera de lo simbólico y de lo imaginario. Pero ahora me pregunto como ese goce entra en la mansión del lenguaje donde el sujeto está destinado habitar. Allí, en el significante, durante un tiempo residirá como invitado, sujetado a las significaciones del Otro más que como sujeto y en ese tiempo el único lugar propio, radicalmente inalienable, está en el vacío real, en el territorio topológico de un goce sin marca. Desde donde para reproducir su goce, no cesará de no escribir la castración Pero esta es la fórmula de un goce anónimo, de un sujeto acéfalo. La cuestión que se suscita entonces, es definir de que manera se inscribe en la estructura significativa, es decir cuál es el mecanismo que hará advenir al goce sin marca. en la marca del goce, marca que Lacan denominó tempranamente significante del goce y escribió con la letra Fi mayúscula. El significante Fallo es también de lo real, especifica lo que del goce ex-siste en el inconciente. Constituye la hiancia, la falla, el límite o el punto de fracaso de lo que en el inconciente se articula como saber. Su inscripción a nivel del inconciente- originariamente reprimido- introduce el segundo corte, la castración simbólica, e inicia el ciclo de la repetición significativa: lo que no cesa de escribir la castración.

Pero de esta manera, estoy definiendo un elemento de la estructura donde reposa el anudamiento de las dos funciones que Lacan atribuye al Padre Real: referente del goce *Urverdrangung* y al mismo tiempo agente de la castración.

Lacan durante muchos años encubrió esta equivalencia entre el Fallo y el Padre. En el Seminario 18, la explicita así :

*" Si escribí en algún lugar que el Nombre del Padre es el Fallo -Dios sabe cuantos gemidos de horror esto evocó en algunas almas piadosas- es precisamente porque en esa fecha no podía articularlo mejor. Lo que está claro, es que se trata del Fallo, por supuesto, pero al mismo tiempo, es el Nombre del Padre"*

Acostumbrados a leer en los textos freudianos que el padre es el fundamento de la barrera al goce incestuoso y que la aceptación de la ley acarrea una renuncia al mismo, resulta difícil aceptar el reordenamiento de las piezas del tablero- como lo hizo Lacan- exactamente al revés. El Padre está en el goce reprimido, idéntico al goce que no conviene que se diga, para seguir creyendo, como lo enseña el neurótico, que habría relación sexual. Pero ese goce no se calla, y aunque es imposible que sea dicho enteramente, el sujeto grita a medias su verdad en el síntoma, precisamente en ese punto donde nosotros estamos en condiciones de reconocer otro tramo de la cuerda del Sinthome.